

DIVAGACIONES EN TORNO A UN LIBRO

EL PAISAJE EXTREMEÑO

de MANUEL TERRÓN ALBARRÁN

CON el título «El paisaje extremeño» nos llega—a las manos y al alma—una separata de la Revista de Estudios Extremeños, cuyo autor es el magnífico escritor Manuel Terrón Albarrán. Dicha separata, bastante bien editada, contiene seis reproducciones de cuadros de Covarsí, Fernández Torrado y Amador, viene a ser cimiento para la construcción de un ensayo, de una teoría o de una estética natural del paisaje extremeño que se está haciendo esperar. El estudio es breve, pero profundo, bien ordenado y visto, captado maravillosamente en su conjunto y, acaso, en sus nimiedades; en una palabra, que vale por todas, es un libro sentido. Nos cuenta Terrón Albarrán con su peculiar estilo, la historia y poesía del suelo, la inmensa y clara luminosidad—factor o componente esencial del paisaje—del cielo y la grandiosidad por extremada o dulce del clima. Fundamentos todos ellos—suelo, cielo y clima—para la interpretación del paisaje.

Después del estudio geológico de la formación del suelo extremeño entra Terrón Albarrán en el paisaje propiamente dicho. Comenta el autor que los paisajes de Alanje son paisajes típicos por excelencia: «la combinación armónica de sierras y llanuras produce siempre un bello y accidentado panorama». Yo creo que hay una mancha a la espalda de Alanje, y entre Alanje y Almendralejo, que es castizamente extremeña. Pero una mancha solo. Extremadura está entre el viril Tajo y el femenino y maternal Guadiana—no hay Extremadura Alta y Baja como algunos creen—. Ahí está entre estos dos ríos la castiza y clásica Extremadura, con sus encinas, olivos, fino pasto, rocas y tierra sola, espacio, tiempo, soledad, Las orillas opuestas de estos ríos van muriendo en Castilla y en Andalucía, incluso antes de llegar a límites geográficos.

En el capítulo «Belleza del campo extremeño» es donde la lírica de Terrón Albarrán brilla con más intensidad y brío. Sobre todo en la emoción por la nube «vaporosas o tenues que se abren en el amanecer, corneadas por el sol como si se rasgaran levemente las sedas de un palacio precioso». Siente Terrón Albarrán a la encina como símbolo del paisaje nuestro, los encinares de silencio espeso y tórtola de luz jugando siglo con sátiro invisible que respira desollado día entre ramas. Y al otro lado del encinar, el olivo místico y ceniciento—cenica cierce—soñando su aceite que unge y santifica, milagro del paisaje. Y dentro de la tierra el mundo de los que se fueron, atezados por raíces que el ánimo estremecen en ansias y agonías.



ALBUM EXTREMEÑO: Cáceres. Iglesia de Santa María

No olvida Manuel Terrón al clima extremeño de extraordinaria importancia en la esencia y existencia del paisaje—y de nuestro mismo ser y estar—de innumerables perspectivas y matices—cada hora, cada minuto, cada mes, cada estación—. Así habla del sol extremeño y de la inmensa luz que nos da un cielo alto y hermoso «profundamente azul», «de bellos ocasos otoñales, infinitamente largos, majestuosos», «cuando el campo despierta del letargo en que le sumieron las siestas agobiantes del estío». «El invierno—dice—es de colores más densos, más claramente definidos»... «se estrella el sol en el bronce perfecto de la encina; entre sus ramas los hilos de una araña parecen rayas luminosas y el capricho de la naturaleza deja en uno de ellos dos lágrimas de rocío llenas de nostalgia de madrugada». ¡Qué paisaje tan humano el del rocío como lágrima! Qué paisaje el de las lágrimas, rocío, cuantas veces, del alma florida y palpitante.

El paisaje es factor primordial para la interpretación del hombre—el paisaje y la historia—. Lo que el alma es al cuerpo es el paisaje a la tierra. Dios hizo al hombre de un trozo de tierra, perteneciente a un paisaje y a este paisaje le dió vida. Así, desde su nacimiento primero por designio divino, el hombre pertenece al paisaje. En los ojos y en las manos lo lleva y el alma impregnada, empapada de él. Todo hombre va lleno de paisajes, íntimamente lleno, cuando termina de consumirlo pasa a ser íntegramente paisaje. Es la paradoja fatalista del hombre.

Escribíamos, aquí, en ALCÁNTARA, en uno de los primeros números, que Willy Hellpach y Sánchez de Muñiain en sus respectivos libros «Geopsique» y «Estética del paisaje natural», dicen que «la forma, los colores, el movimiento ejercen una notable influencia sobre el alma». El geógrafo Federico Ratzel, en su obra Antropología, Biogeografía, Geografía política y Etnografía, cuenta que es de suma importancia el espacio vital y el paisaje; fundamentalmente vitales para las plantas, los animales y los hombres. Nuestro espacio vital es esta Extremadura que amamos como a madre y como a madre vamos a ella—con signo distinto—por ser vientre de regreso. Por todo esto que arriba escribimos, Manuel Terrón Albarrán nos entusiasma y nos hace divagar sobre el tema. Nos llegan tanto estas cuestiones que entre ellas se nos van las palabras que nos crecen en lo más sensible de nosotros.

Dice el gran pensador y maravilloso escritor Pedro Caba en el tomo I de su obra «Los sexos, el amor y la historia», bajo el significativo título «Paisaje y paisanaje», que «el hombre tiene vocación de la tierra y la tierra se hace paisaje, porque tiene vocación humana», y dice más «el paisanaje es un sentimiento específico de comunión con las mismas voces de la tierra». Por esta vocación sintió Terrón Albarrán de este admirable estudio del «Paisaje Extremeño». Y por este sentimiento de paisanaje estoy yo arrastrado en esa comunión específica de cosas y hechos que nos son comunes.

«El Paisaje Extremeño» de Manuel Terrón Albarrán está dividido en tres capítulos que prologa breve, pero jugosamente Pedro Caba. En el último capítulo es donde mejor vemos vibrar y florecer al poe-

ta que lleva dentro Terrón Albarrán, como dice Caba «¡tan cálido, tan plástico, tan vigoroso de idioma como encendido de amor varonil por la tierra dulcísima y arisca!» Un paisaje extremeño este Terrón Albarrán, con peso de tierra extremeña en el corazón. Alexis Carrel dice: «El hombre es el resultado de la herencia y del ambiente». ¡Y qué herencia y qué ambiente extremeño tiene Terrón! ¡Oh, milagro de poeta, con tantos paisajes propios, amplios, íntimos, de esta tierra nuestra, tan querida, tan bellamente querida! Pero un paisaje alerta al aleteo del amanecer y a ese misterio que se nos va cayendo en los atardeceres para dar lugar al sueño de la noche, cueva que nos va tragando, que nos va durmiendo eternamente en Dios. Amigo, Manuel Terrón Albarrán, cuando nosotros seamos la tierra del paisaje..., el paisaje mismo que otro mire, que otro sea el que cante... y en nuestras cuencas las rocas y en nuestras carnes la yerba, la encina...

JESÚS DELGADO VALHONDO



SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

- 1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestre de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.
- 2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 3.—*Desde la lejanía (Poemas)*, por Alfonso Albalá Cortijo.
- 4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte. (Pendiente de publicación el 2.º tomo), y
- 6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.

Costumbres, Tradición: Folklore

Para las alforjas costumbristas de Don José R. Fernández y Oxea.

TRANSCRIBIMOS a continuación dos costumbres en desuso, la primera y actual, la segunda, recogida la una y presenciada la otra en este pueblo cacereño de Santa Cruz de la Sierra, en cuyo vecindario representamos en la actualidad un número, y cuya descripción, detallada y exhaustiva, dejamos para otro momento. Forman estas costumbres, junto con los de «El Baile de la Cruz del Fraile» y Chozos de la Vela (1), los vértices fundamentales de su cuadro folklórico.

Fiesta de los Vaquilleros.—Un grupo de siete mozos nombran de entre ellos un «guión», bajo cuya jefatura ensayan durante las primeras horas del anochecer (2) al regreso del trabajo y en la plaza del lugar, por espacio de un mes con anterioridad al día de la fiesta, que era el Martes de Carnaval. Llegado este día, vestíanse todos los vaquilleros con calzón de paño negro, medias blancas, chaleco de paño, igualmente negro y de brillante botonadura, camisa de lino; calzábanse con borceguíes y se tocaban con empinado gorro sensiblemente cónico y profusamente adornado de espejuelos y cintas de vivos colores; ceñidos con fuerte y ancho cinturón, del que penden varias campanillas, cada uno portaba recia honda de vaquero. El guión llevaba, además, un silbato. El Martes de Carnaval, al primer toque de misa, se reunían en la plaza, y precedidos del guión, se dirigían a la casa del señor cura, en el trayecto, así como en otros momentos de la fiesta, caminan en dos filas, trenzando una danza rudimentaria y primitiva, que consiste en permutar sus lugares cada uno de los vaquilleros de distinta fila al cambio de marcha—hacia adelante o atrás, no tienen giros ni a derecha ni a izquierda—efectuado por su guión, movimiento que éste marca con explosivo restallido de su honda y que los vaquilleros ejecutan a suaves y acompasados saltos que hacen tintinear sus esquilas, quedando, con este movimiento, siempre los mismos hombres a la derecha del guión. Llegados a la casa del señor cura, salía éste y colocábase en medio de las dos filas; escoltado de esta forma, se dirigían a la Iglesia, donde el sacerdote pasaba a la sacristía y ellos se colocaban en el presbiterio, dando cara al altar y cubiertos, siendo curioso que durante la misa solo se descubran durante la elevación.

Terminada la misa, volvían a escoltar al sacerdote hasta su casa; al llegar éste, les despedía con la pregunta: ¿Sabe cada uno su sitio?

(1) Véase nuestro trabajo: «Reminiscencias del culto al fuego y a la luna en Santa Cruz de la Sierra», publicado en «Extremadura» el día 4 de Mayo de 1949.

(2) Algo parecido a esto hemos presenciado en Valdefuentes (Cáceres), relacionado con la «Fiesta de los Tableros o Las Danzas».